

# CAPÍTULO 5

## EL ENFOQUE CONSTRUCTIVO

### EL VALOR DE LA EXPERIENCIA Y LA CONCEPCIÓN DEL PENSAMIENTO

#### COMO INTERACCIÓN COMPLEJA

*Paola Sabrina Belén*

#### Acerca del pragmatismo

El pragmatismo, surgido durante la década de 1880 en Estados Unidos, es un movimiento filosófico interesado en

recuperar para la razón y los valores humanos el dominio sobre una acción irreflexiva y opaca que, sobre todo en la cultura moderna, amenaza con imponer a los individuos su propia lógica deshumanizada, y en restituir al mismo tiempo a la práctica, entendida latamente como las diversas formas de experiencia real y concreta, en el lugar que le corresponde como destino último y verdadero juez de los productos del pensamiento. (Faerna, 1996: 2)

En el empirismo inglés puede reconocerse su filiación, tradición con la que comparte el principio de que la experiencia constituye la única fuente y fundamento del conocimiento, y la idea de que siguiendo ciertos procedimientos de investigación es posible alcanzar, a través de dicha experiencia, el único saber garantizado. Asimismo es común a ambos la tarea que se asigna a la filosofía en tanto consideran que ésta debe ocuparse de esclarecer y demarcar los límites y alcances del conocimiento empírico.

Sin embargo, el pragmatismo busca reformular el empirismo y para ello las relaciones entre conocimiento y experiencia son consideradas desde una perspectiva renovada.

Como señala Faerna (1996: 7) el ideal filosófico del movimiento pragmatista aspira a “lograr una síntesis conceptual entre la interpretación del hombre como ser que piensa, que juzga y que comprende, y la interpretación del hombre como ser que actúa, que proyecta, que toma decisiones y que valora.”

Síntesis conceptual entendida, según señala el autor, como configuración de un único conjunto categorías de interpretación a partir de las cuales es posible dar cuenta integralmente tanto de la dimensión que le corresponde al hombre en cuanto realidad natural y de la que le pertenece como ser pensante.

Asumiendo una actitud naturalista, el conocimiento es abordado por los pragmatistas como una actividad total que tiene como propósito la anticipación de las reacciones del medio ante la propia conducta del organismo a fin de evaluar las opciones y decidir un curso de acción adecuado, de acuerdo a los fines que se han establecido.

Desde la mirada pragmatista echar claridad conceptual sobre el conocimiento implica superar la escisión ontológica entre el polo del sujeto con sus representaciones mentales y el del objeto, lo que permitiría alcanzar una comprensión más cabal del hombre. Abolir tal dualismo es lo que hará desaparecer además la dicotomía entre pensamiento y acción.

El pragmatismo busca de este modo la superación de las dicotomías establecidas en la tradición filosófica, tales como: teoría y práctica, cultura humanística y cultura científica, conocimiento y valores, etc. Las mismas resultan inaceptables puesto que, a través de ciertos conceptos inadecuados, la filosofía tradicional ha contribuido a establecer una comprensión escindida del mundo y del ser humano.

Hablar de acción implica simultáneamente un polo activo y un conjunto de condiciones que lo limitan y además se trata de algo que es lógicamente y genéticamente “anterior a la división conceptual de sujeto y objeto” (Faerna, 1996: 15).

En tal sentido los pragmatistas sostienen que a partir de la categoría de acción se rompe el dualismo entre el sujeto y el objeto de conocimiento, en tanto éstos pueden presentarse como instancias relacionadas. Ella representa un punto de encuentro entre ambos, favoreciéndose así la idea de un interaccionismo y una mutua construcción.

En la interpretación pragmatista del conocimiento los agentes encaran y ajustan su conducta al mundo mediante el despliegue de funciones intelectivas revisables, abandonándose de este modo el modelo de contemplación pasiva

de los principios universales de la naturaleza. Vale decir, que dichas funciones se conciben en el contexto de un organismo natural que manipula y recrea su medio en virtud de sus necesidades. Frente a las restantes actividades orgánicas, las cognoscitivas se caracterizan por interferir en los acontecimientos indirectamente, esto es, “mediante manipulaciones conceptuales y operaciones simbólicas” (Faerna, 1996: 17).

Cabe resaltar, siguiendo a Faerna (1996: 17) , que la perspectiva del pragmatismo no busca la subordinación del pensamiento a la acción, sino más bien entender las teorías, mediante las cuales se expresa el pensamiento mismo para desentrañar la realidad, “como una actividad, como una forma de acción” que se vale de signos.

En tal sentido la epistemología pragmatista afirma que

*estar en posesión de una teoría –de un sistema de conceptos con los que atrapar cognoscitivamente la realidad- es estar en posesión de una práctica -de una conexión de acciones potenciales/fines, conexión inteligente y, por lo tanto, mediada simbólicamente)- con respecto al campo de experiencia que la teoría cubre.* (Faerna, 1996: 18, las cursivas son del autor)

En definitiva, según esta interpretación, no es el pensamiento o el conocimiento contrapuesto a la acción lo que diferencia al hombre colocándolo por encima de los animales, sino su capacidad de actuar de manera reflexiva.

Como marco para explicar el conocimiento humano, el pragmatismo sostiene que los individuos tienen fines. En tanto organismo sometido de manera concreta al orden natural y a imperativos vitales, el hombre se encuentra condicionado a buscar estabilidad, equilibrio, etc. Pero puesto que el medio humano tiene una naturaleza social es necesario tomar en cuenta además los fines creados y adquiridos, culturalmente relativos. Asimismo las actividades e investigaciones pasadas pueden incidir en una fase particular de la actividad investigadora, lo que fortalece la relación entre conocimiento y práctica.

Para los pragmatistas, entonces, es preciso asociar el conocimiento con la actividad y los fines se presentan como los auténticos polos de la acción, “entendida ésta como intervención efectiva del individuo sobre el curso de los acontecimientos” (Faerna, 1996: 72).

Conocer es un proceso y cuando se conoce se anticipan las consecuencias que se seguirían de las diferentes estrategias de acción para elegir aquellas que mejor realizan los fines que se han propuesto. La experiencia cambia así su orientación del pasado al futuro, puesto que tener experiencia se vincula aquí con la posibilidad de anticipar la relación futura con las cosas.

Por ello, conocer es “poner en juego una serie de habilidades sensitivas, manipulativas y conceptuales con vistas a la acción orientada a fines, sin olvidar que éstos son dinámicos y pueden verse retroalimentados de diversas maneras como consecuencias de la investigación misma” (Faerna, 1996: 73).

Proponiendo la continuidad entre pensamiento y acción el pragmatismo se postula como una filosofía que intenta “librar al pensamiento de nociones obtusas y deformadoras de la realidad” (Faerna, 1996: 8), entendiendo además que la labor crítica del filósofo lo transforma en un agente en el desarrollo moral y material de la sociedad.

## Dewey: Enfoque naturalista y pensamiento en situación

Tomando en cuenta dicho espíritu de reconstrucción permanente de la filosofía, se aborda aquí el programa de John Dewey, en qui en la interpretación pragmática del conocimiento como un modo de utilizar y dirigir los hechos y las condiciones circundantes, se constituye como parte de dicha tarea reconstructiva. Para ello, considerando la perspectiva naturalista y holista asumida por este filósofo, se analizan el modo en que se desarticulan las premisas que fundaron en la tradición los dualismos heredados (oposición entre naturaleza y experiencia, arte y ciencia, práctica y teoría, lo instrumental y lo final) y la manera en que la comprensión de Dewey de la íntima relación entre el arte y la ciencia le permite postular a la experiencia como arte y al arte como procesos naturales prolongados en dirección del logro y goce de significaciones.

Desde el enfoque naturalista adoptado por Dewey todas las facetas del comportamiento humano son analizadas en relativa continuidad con los que otros experimentan y hacen otros seres naturales.

Sin embargo, el hombre cuenta con su inteligencia como herramienta privilegiada para crear situaciones nuevas y más favorables. En tal sentido, “su función no es reproducir especularmente en el conocimiento una realidad estática sino encaminar desde él la conducta de manera que la realidad se modifique según el plan del organismo, para realizar sus valores” (Faerna, 1996: 186).

Pensando desde dentro de una situación problemática, el organismo procura la comprensión de las interacciones entre los diferentes elementos que la integran. De allí resulta un juicio, el cual “no es para Dewey una realidad mental, algo meramente pensado; es un acto con consecuencias reales sobre la situación” (Faerna, 1996: 187) y como tal implica la modificación de la relación mutua entre el sujeto y el objeto. De este modo, “el conocimiento ha creado un estado de cosas nuevo” (Faerna, 1996: 188).

En definitiva, para este filósofo únicamente hay pensamiento en-desde y para la situación, es decir, el organismo piensa en una realidad física y social que lo lleva a accionar sus capacidades reconstruyendo asimismo esa realidad con tales capacidades según sus necesidades.

Lo que el organismo vive es la experiencia, entendida como un ámbito cargado de valor. Frente a la filosofía tradicional según la cual conocer y valorar constituyen dos actividades heterogéneas, compartimentadas, para Dewey en cada manifestación humana está presente el valor.

Para producir un valor a partir de la experiencia de un objeto la inteligencia predice alguna experiencia futura, comprende esa experiencia como un efecto del que el objeto es causa y determina una actitud en procura de ella.

Vale decir que, en el valor, tiene lugar “una conexión inteligente entre el contenido actual de la experiencia, las hipótesis causales sobre la sucesión objetiva de los fenómenos y las actitudes que gobiernan la conducta” (Faerna, 1996: 178).

De esta manera, los valores intervienen en toda acción inteligente, esto, es en cualquier situación en que haya que ajustar de manera consciente conducta y experiencia.

## La experiencia estética como auténtica experiencia

En su resistencia a la escisión de lo estético respecto de lo cognitivo y lo moral, sostiene Dewey (2008: 63) que “la investigación filosófica o científica más elaborada, y la empresa industrial o política más ambiciosa tienen cualidad estética cuando sus diferentes ingredientes constituyen una experiencia integral”.

### La experiencia

en vez de significar encierro dentro de los propios sentimientos y sensaciones privados, significa un intercambio activo y atento frente al mundo; significa una completa interpenetración del yo y el mundo de los objetos y acontecimientos. En vez de significar rendición al capricho y al desorden, proporciona nuestra única posibilidad de una estabilidad que no es estancamiento, sino ritmo y desarrollo. Puesto que la experiencia es el logro de un organismo en sus luchas y realizaciones dentro de un mundo de cosas, es el arte en germen. Aun en sus formas rudimentarias, contiene la promesa de esa percepción deliciosa que es la experiencia estética. (Dewey, 2008: 21-22)

De este modo, hablar de un comportamiento estético se asocia en las ideas de este filósofo a la intensificación de la vida, insistiendo en que todas las experiencias cognitivas poseen un momento estético a partir de su carácter concluyente y unificador e integrado.

A partir de su cuestionamiento del carácter contemplativo y espectral subyacente en la noción kantiana de desinterés estético, Dewey (2008: 67) resalta el origen de las experiencias estéticas en un “movimiento hacia afuera y hacia adelante de todo el organismo”.

La experiencia estética constituye entonces la meta de la experiencia auténtica, donde, en una unidad orgánica que aumenta nuestra capacidad de obrar y comprender, tiene lugar un ensamble entre los medios y los fines.

Poniendo el acento en la continuidad entre los procesos fisiológicos de los seres humanos en su entorno natural y el arte, considerada como su variante más intensa, sostiene además Dewey (2008: 4), que es una tarea necesaria, “restaurar la continuidad entre las formas refinadas e intensas de la experiencia que son las obras de arte, y los acontecimientos, hechos y sufrimientos diarios, que se reconocen universalmente como constitutivos de la experiencia”.

En tal sentido el pragmatismo representa una profunda transformación a partir de la cual pueden detectarse las continuidades y similitudes no sólo entre el arte y la naturaleza, sino además entre el arte y la ciencia. Como señala Cabanchik (2002: 58), en Dewey, “los criterios de formación y corrección de los conceptos son patrones de acciones reales o posibles y la ciencia no es menos <<arte productivo>> que lo que éste a su vez puede ser vehículo de conocimiento y de verdad”.

Desde su perspectiva el mundo griego estimó que la experiencia estaba viciada por el azar y el cambio en oposición con la ciencia que era objeto de la razón y captaba lo universal y necesario de la naturaleza. Esta confrontación entre experiencia y naturaleza dio lugar a la dualidad entre arte y ciencia.

El arte se concebía como una apropiación de lo impuro e inestable de toda experiencia sensible, en cambio la ciencia de manera intelectual y contemplativa captaba el Ser. El desprecio y la subordinación de toda práctica a la actividad teórica se produjeron así como correlato de la mencionada diferenciación ontológica.

Si bien con la modernidad el arte fue concebido como un ámbito digno de encomio, paradójicamente, sostiene Dewey, se mantuvo la consideración del estatus superior y ontológicamente privilegiado del objeto de la ciencia.

Por ello este filósofo se propone, desarticulando los dualismos heredados, evidenciar que no hay separación entre ciencia y arte puesto que únicamente existe una experiencia humana que penetra en la naturaleza. La división surge entonces a partir de dicha teoría que separa el mundo en el ámbito de la experiencia viciada por la imperfección y el azar, y el de la naturaleza última de las cosas, que sólo es posible alcanzar a través de la visión contemplativa propia de la ciencia.

Para Dewey la ciencia es una forma específica de trabajo artístico en el sentido de que manipula la experiencia encauzándola en nuevas relaciones que producen potenciales significaciones donde no existían. El arte, en su propuesta, es la forma de apresar la naturaleza enlazando sus aspectos azarosos y los que son más estables.

Sostiene Dewey (1948: 292):

Si están justificadas las modernas tendencias a poner primero el arte y la creación, debe confesarse y llevarse hasta el final lo implicado por esta posición. Se vería entonces que la ciencia es un arte, que el arte es una práctica y que la única distinción que vale la pena trazar no es la que hay entre la práctica y la teoría, sino la que hay entre las formas de la práctica que no son inteligentes, no intrínseca y directamente susceptibles de que se las goce, y las que están plétóricas de significaciones de que se goza.

Agrega más adelante (1948: 293):

Cuando alboree esta visión, será un lugar común que el arte –la forma de actividad grávida de significaciones susceptible de que se las posea y goce directamente– es la acabada culminación de la naturaleza y que la <<ciencia>> es en rigor una sirviente que lleva acontecimientos naturales a su feliz término. Así desaparecerían las separaciones que conturban al pensamiento actual: la división de todas las cosas en naturaleza y experiencia, de la experiencia en práctica y teoría, arte y ciencia, del arte en útil y bello, ancilar y libre.

Para comprender la relación que Dewey establece entre arte y ciencia, resulta ineludible tener en cuenta su interpretación de la correspondencia entre medios y fines. Como rasgo distintivo de la experiencia consciente menciona (1948: 293) que “en ella se juntan en una sola cosa lo instrumental y lo final, las significaciones que son signos e hilos conductores y las significaciones que se poseen, padecen y gozan directamente. Y todas estas cosas son eminentemente verdaderas del arte”.

Según Dewey los acontecimientos naturales poseen un principio y un fin, y la tarea de la inteligencia es convertir un fin en un logro, lo que implica la manipulación de los objetos dotando de permanencia y continuidad lo inestable de todo acontecimiento natural.

Desde esta perspectiva los medios son objetos en vistas de un logro específico y, por esto, dirigirlos inteligentemente es un arte y, por lo tanto, conocimiento.



De esta manera, la concepción pragmática amplía la noción de conocimiento ligándolo a su vez, a una forma específica de comprender el término aplicación.

Para Dewey (1948: 135):

aplicación en algo significa una interacción más extensa de los acontecimientos naturales, una eliminación de la distancia y los obstáculos; un proveer ocasiones para interacciones que revelan potencialidades anteriormente escondidas y que traen a la existencia nuevas historias con nuevos inicios y finales.

## Consideraciones finales

En este panorama de reconstrucción de supuestos, donde la experiencia es la vía regia para ahondar en la naturaleza, y el conocimiento es un método de acción y asimismo una construcción artística, sienta sus bases la redefinición de la filosofía propuesta por Dewey.

Cabe agregar que la actividad crítica que este filósofo plantea para la misma supone comprometerse con una cierta concepción de la libertad y con algún tipo de reforma social.

En tal sentido su filosofía tiene importantes consecuencias en el ámbito de la educación. Lejos de un ensimismamiento narcisista, como señala Jay (2009: 336-337), la educación para la democracia propuesta por Dewey lleva adelante el “movimiento progresista” en la educación norteamericana, en tanto promueve “el desarrollo de las habilidades propias de la comunicación, la cooperación y la deliberación, precondiciones de toda cultura genuinamente democrática”.

Algunas implicaciones de esto son las nociones referidas a la educación del niño en su totalidad, estimulando su curiosidad acerca del mundo y su inteligencia crítica a través de la experimentación, y dándole herramientas que propicien su crecimiento intelectual y moral.

Una de sus metas primordiales es fomentar el potencial artístico del niño. Mas esta autorrealización desde el punto de vista artístico implica “algo más que la creación de objetos bellos, significaba vivir una vida bella, una vida de

variaciones armónicas, crecimiento equilibrado y donde los sentidos se cultivaban y refinaban al máximo (Jay, 2009: 336).

En este punto es posible afirmar que desde la mirada de Dewey el arte, tanto como la ciencia, constituye un ámbito legítimo de conocimiento que ofrece la posibilidad de favorecer el orden y nuestro trato con la experiencia.

## Bibliografía

Dewey, J. (2008). *El arte como experiencia*. Barcelona: Paidós.

——— (1948). *La experiencia y la naturaleza* (1.ª edición). México: Fondo de Cultura Económica.

Faerna, A. M. (1996). *Introducción a la teoría pragmatista del conocimiento* (1.ª edición). Madrid: Siglo veintiuno editores.

Jay, M. (2009). El retorno al cuerpo mediante la experiencia estética. En Jay, M. *Cantos de experiencia. Variaciones modernas sobre un tema universal* (1.ª edición). (pp. 163-205). Buenos Aires: Paidós.

Cabanchik, S. (2002). “El ser se hace de muchas maneras”. *Revista de Filosofía Diánoia*, XLVII (49), 51-63.